

disposiciones demasiado decididas y resueltas de los ánimos; me levanto, al dejar este recinto, á protestar, como alsaciano y como francés, contra un tratado que á mis ojos es una injusticia, una mentira, una deshonra; y si la Asamblea lo ratifica, de antemano apelo á Dios, vengador de las causas justas; apelo á la posteridad, juez de unos y de otros; apelo á todos los pueblos que no puedan consentir en ser objetos de compra-venta como hatos de ganados; apelo á la espada de todos los hombres de corazón que rasgará ese ignominioso tratado.»

El presidente del Poder Ejecutivo, monsieur Thiers, sube á la tribuna y da de manes á boca con el diputado alsaciano.—«Dadnos medios,» le dijo. Keller se calló. Y Thiers añadió:—«Pues si no hay medios, ¿á que vienen esas palabras?»—Thiers presenta la situación de Francia, y muchas veces, en el trascurso de la oración, los sollozos ahogan su voz, las lágrimas velan sus ojos. Francia ha perdido toda organización: los soldados no tienen oficiales, todos presos; de ciento veinte regimientos que había al comenzar la guerra, ciento diez y seis se encuentran desgraciadamente en manos del enemigo. La guerra de exterminio, la guerra á cuchillo, la misma guerra española necesita apoyarse en alguna organización. ¿Dónde está, dónde, esa organización?—Renunciemos á las palabras, y

vengamos á los hechos. «Yo he presentado las consideraciones de lo porvenir, los ódios implacables que iban á encenderse en el corazón de un gran pueblo; pero, triste es decirlo, señores; la victoria no es más sensata que la derrota.»

Pero no había remedio. Era necesario consumir el sacrificio. La separación de la Alsacia y la Lorena estaba materialmente hecha desde el día en que cayeron á los piés de las legiones alemanas Strasburgo incendiada, y Metz rendida. Para tenerlas era preciso reconquistarlas. Y para reconquistarlas una fuerza material que no se ganaba ni podía ganarse con protestas morales. Francia caía por haber pecado mucho contra su Dios, contra la libertad y la justicia. Se necesitaba emplear el lenguaje de los antiguos profetas para describir la abdicación de la moderna Sibila de las naciones. Ella, que había encendido la llama de la verdadera inspiración en nuestras frentes; ella, que nos había dado el verbo verdadero de la moderna libertad; por algunos días de goce, por algunas horas de reposo ¡ay! se entregó al dictador, y entregándose al dictador, cayó en el sueño de la más grosera sensualidad para despertarse en brazos de la muerte. No puede, no, romperse impunemente la ley del derecho; no puede, no, faltarse impunemente al númen de la justicia.

CAPITULO LXXXVI.

PRECEDENTES DE LA REVOLUCION DE LOS COMUNEROS.

Desde el momento en que el sitio de París y la campaña para levantarlo se tornaron fatalmente en una serie de contrariedades y derrotas, considerable parte de la fracción republicana avanzada volvió sus ojos á la fórmula de una comunidad revolucionaria de París, encargada de dirigir la capital como en los días más terribles y supremos de la antigua Convención. Para examinar las manifestaciones de este pensamiento no hay como leer las crónicas de los clubs, redactadas por escritores veraces y diligentes como el cronista del *Diario de los Debates*. Demos de todo ello una reseña para conocer el movimiento de la opinión y los anuncios de las revoluciones comuneras. Es una de las reuniones principales del partido avanzado, el club de la República, que se celebra en la calle de Cadet. Dejemos hablar á los mismos oradores.

El ciudadano Cremieux: Propongo que se forme una legión del silencio compuesta de guardias nacionales armados de puñales y pistolas que deberian ir á tres pasos de los com-

batientes, teniendo el cargo de recoger los heridos, reemplazarlos sobre el campo de batalla, y matar á tiros y á puñaladas á los vacilantes, á los cobardes y á los fugitivos.

La proposición es rechazada por unanimidad.

El ciudadano Chabert: Hablemos de la reconstitución de Polonia y de los consejos de familia.

Otro ciudadano: Señores, cuando las bombas caen hasta sobre la cúpula del Pantheon, ¿nos vamos á ocupar en una cuestión de derecho civil como los consejos de familia? Hablemos de la Comunidad revolucionaria de París y de la defensa nacional.

Otro ciudadano: ¿Qué quiere decir eso de la Comunidad revolucionaria? Aquí todo se arregla con frases. Lo conveniente es no debilitar al poder para que ocurra á la defensa. (Rumores.)

El ciudadano Morel: Nos ha perdido el gobierno con sus ilusiones ópticas, estamos en la mayor desesperación. Ha mandado á pro-

vincias sus individuos más inútiles, y si luego les ha unido Gambetta, aun no sabemos qué cosa de provecho haya emprendido y realizado ese Gambetta. Se ha procedido pésimamente admitiendo los servicios de Garibaldi, de Mazzini, y rechazando los servicios del duque de Aumale y del príncipe de Joinville. (Grandes rumores y vivísimas protestas.) Se ha querido poner la República sobre la patria. El no haber aceptado el armisticio es otro error que lloraremos con lágrimas de sangre. Sólo una Asamblea podía saber si estábamos ya maduros para la paz ó apercebidos para continuar la guerra. Nos lo han ocultado todo y nos han perdido á todos. Hoy mismo nada quiere decir el gobierno por temor á esa opinion susceptible y nerviosa que se alimenta de locas esperanzas y se mece en pérdidas ilusiones. El ejército del príncipe Federico Carlos avanza más cada día; si Chanzy y Bourbaky no pueden socorrernos; si París cae.... (Voces: no, no. París no puede caer. París no puede rendirse.)

El ciudadano Morel: Oidme, oidme.

(Ruido, confusion, protestas.)

El Presidente: Oid, oid.

(La confusion es tal y tanta, el ruido tan espantoso, que el debate se suspende por algunos momentos.)

El Presidente (dominando el ruido):

Invito al ciudadano Morel á que explique mejor sus ideas.

Morel: Si la suerte de las armas continúa siéndonos desfavorable, ¿qué recurso nos queda? Es un axioma militar que toda plaza sitiada y no socorrida sucumbe. ¿Se ha pensado en preguntar á Prusia cuáles serian sus condiciones de paz? No se ha atrevido el gobierno, gracias á vuestra gritería. En 1866 no se hallaba tan desesperada Austria como hoy se halla Francia. Y un ciudadano valeroso fué al cuartel general de los prusianos en requerimiento de las condiciones de paz. Procedamos así...

(Gritos, protestas, exclamaciones, amenazas. Ruido infernal.)

Muchas voces: Policiaco, esbirro.

Otras muchas voces: Viva la Comunidad revolucionaria. Vivan las Comunidades francesas. Abajo el Gobierno.

Un ciudadano: La indignacion más profunda hierve en mi pecho.... No sé qué decir.

(*Muchas voces:* Vámonos para no oír estas infamias. Muchos vivas á la Comunidad revolucionaria.)

Se levanta la sesion.

El día 6 de Enero se reunió el club titulado de Favié. Durante el día, enorme cartelon rojo, á manera de enseña de tienda, ó programa de teatro, dirigido al pueblo de París por los delegados de veinte distritos donde se anunciaba el advenimiento de la Comunidad revolucionaria, habia sido tristemente lacerado.

Un orador: Se ha dado dinero á los niños y á las mujeres para hacer esta bellaquería. Un alférez de la guardia nacional fué sorprendido por mí en el momento de poner su mano sobre esta grande expresion de los votos y de los deseos del pueblo. Y yo le he dicho: ¿por qué os atreveis á desgarrar nuestro cartel? Y él me ha contestado: porque me repugna ver ahí los nombres de esos caprichosos de Belleville, que se comieron el treinta y uno de Octubre los arenques guardados para el pueblo en la Casa de la ciudad. (Gritos de indignacion). (Voces: infame, cobarde, hay que colgarlo.)

Otro orador: Hemos llegado al colmo de las infamias. Basta de palabras, vamos á la accion.

Otro: Avistémonos con Trochu y digámosle la voluntad del pueblo. (Voces: harto las conoce; nada de Trochu, ya hemos hablado bastante con él.)

Otro orador: Nos acercamos, señores, (nada de señores, ciudadanos.)

El mismo: Nos acercamos, ciudadanos, á la funesta fecha del 21 de Enero, funesta (¿funesta? gloriosa, fuera.)

Otro orador: La fecha del 21 de Enero re-

cuerda el fausto dia en que la República mató en la guillotina á un rey déspota, (aplausos prolongados,) legando á las generaciones por venir un magnifico ejemplo. (Nuevas aclamaciones y nuevos aplausos.) Iguales á nuestros padres castigaremos á nuestros tiranos. El dia que vayamos á la Casa de la Ciudad, diremos como Mirabeau: Estamos aquí reunidos por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino con las bayonetas en el vientre. (Voces: no saldremos de ninguna manera, nos quedaremos allí.) Trochu trata de amenazarnos en su proclama de hoy. (Voces: es un eunuco.) Dice que no soltará las armas y no capitulará. Lo que ha querido decir, es que guarda sus armas contra nosotros y que no capitulará con el republicano barrio de Belleville. (Voces: verdad, verdad, es un jesuita, lleva un escapulario.)

Otro orador: Recordemos que en esta misma tribuna, hace dos meses, Gustavo Flourens dijo que el asunto de la capitulacion era un puro asunto de dinero. Trochu y Julio Favre han pedido para sí sesenta millones de francos. Bismark lo ha oido como quien oye llover, aunque le hayan tirado fuertemente de la oreja. Pero cuando suelte sus millones, ellos soltarán á París, y Trochu capitulará. (Sí, sí, estamos vendidos.) ¿Podeis creerles una sola palabra? Nos han dicho que París no podía ser bombardeado, y desde ayer las bombas y las granadas llueven sobre la orilla izquierda del Sena. Os han dicho que las provincias vendrian á libertaros, y nadie ha venido. No saben más que mentir, es necesario concluir con ellos. ¡Viva la Comunidad de París! (Muchas voces: ¡Viva!)

Una ciudadana: De acuerdo, acabemos con nuestros gobernantes, empeñados en seguir una senda que conduce á la ruina. Son unos mulos. (Risas.) Y así como se han requisado las cuadras, requisemos nosotros la Casa de la Ciudad. El tiempo de las palabras ha pasado, vamos á la accion.

Un ciudadano: Todo está pronto. Los co-

muneros nos entendemos. La Comunidad se funda, es secreta y misteriosa, pero todo el mundo conoce á sus individuos. El comité central republicano les ha cedido su puesto. (Aplausos.)

Otro ciudadano: Aquí hay espías. (Gran tumulto.) Aquí hay un escritor asalariado de la reaccion, que toma notas.

El aludido: Soy cronista del periódico «La Verdad.» (Voces: fuera, fuera, á la calle, á la calle. Algunos clubistas le cogen por el brazo y amenazan con lanzarlo á la puerta.)

Un secretario: Si es un cronista precisa no inquietarlo. No temamos la luz puesto que no somos perturbadores sino legisladores del pueblo. Trabajad en paz, ciudadano cronista, y decid la verdad á la Verdad.

El Presidente: Invito á los cronistas presentes á que suban á la presidencia.

Un orador: Grande idea. Así podremos examinarlos y romperles la crisma si se burlan mañana de nosotros. (Los cronistas se guardan muy bien de subir á la presidencia.)

Otro orador: La Comunidad revolucionaria va á llegar muy tarde para salvar á París; pero si llega tarde quemaremos la ciudad y degollaremos á todos los reaccionarios egoístas, á todos los propietarios explotadores, á todos los tenderos, verdaderas chinches del pueblo, y dejaremos á París humeante para no volver jamás á su agitado seno. Yo me retiraré al campo, á la aldea de mi nacimiento, en busca de oscura vida, y la tristeza de mi soledad será compensada por la interior satisfaccion de haber prestado un gran servicio á mi patria.

Otro orador: La Comunidad revolucionaria puede salvarlo todo. Nunca para ella es tarde. Si los prusianos entran por una puerta, con instalarla en la Casa de la Ciudad todo quedará salvo, y tendremos tiempo de correr y expulsar todavía á los prusianos. La comunidad revolucionaria lo puede todo.

Otro orador: Seria bien explicar á la poblacion qué entendemos por comunidad re-

volucionaria. Apuesto que aquí mismo, donde tanto se la aclama, las tres cuartas partes de los aclamantes no saben lo que quiere decir esa palabra. (*Protestas, negaciones, gritos: es un esbirro, un espía, un polizonte.*)

Varias voces: explicadnos lo que es.

El orador: La comunidad revolucionaria es el derecho del pueblo; la ración igual á todos los sitiados, el castigo de los traidores, el levantamiento en masa, la comunidad en fin, es la comunidad. (*Aplausos: señales de impaciencia, gritos. Todo eso es sabido.*)

Otro orador: La opinión pública está formada, pero la Comunidad no se podrá plantear por sí sola. El pueblo ha mostrado su voluntad, que la cumpla. (*Eso es, eso.*) Vamos á la Casa de la Ciudad. (*Sí, sí, vamos esta misma noche.*) No, esta noche no. Precisa desconfiar de las resoluciones precipitadas. El 29 de Octubre se gritaba iremos todos, y luego no vinieron ni la cuarta parte. No hagamos un treinta y uno de Octubre sino un cuatro de Setiembre. Y para esto entendámonos con los republicanos de los otros distritos sobre día y hora. Que si Belleville marcha sólo se expone á ser aplastado por la reaccion. Iremos, pues, todos. (*Sí, sí, todos.*) ¿Pero iremos con armas ó sin armas? (*Inmenso clamor: con armas, con armas.*) Teneis razon, los reaccionarios son cobardes, pero son numerosos, iremos con armas. Todos con armas. (*Viva la Comunidad revolucionaria de París!*)

El siete de Enero se verifica otra reunion popular en la calle de Juan Jacobo Rousseau. Al principio se lee una carta del ciudadano Chatelain anunciando que ha sido preso y que va á ser condenado á muerte. (*Gritos de indignacion.*)

Un orador: El ciudadano Delescluze, alcalde del distrito décimo-nono, ha dado su dimision en justa protesta de semejante resolucion liberticida. (*Aplausos.*)

Otro orador: Invito á todos los alcaldes de París á imitar ese noble ejemplo; pues de lo

contrario, les borraremos de las listas que deben componer la Comunidad de París. Felicítome de las prisiones hechas; quisiera que se hiciesen más. No me importaria ver en la cárcel á todos los firmantes de las proclamas comuneras, y á mí con ellos, que las he firmado tambien. El pueblo está dormido, se necesita despertarlo. La persecucion será como la trompeta del juicio.

Otro orador: El advenimiento de la Comunidad de París se aproxima y es necesario que todos los interesados en los negocios públicos se preparen por medio de graves profundas meditaciones. Yo me encargo de los trabajos militares que han de ejecutar los comuneros. Se necesita trabajar tanto con la pala y el azadon como con la espada y el fusil. Se necesita improvisar fortificaciones de campaña. Los comuneros combatiremos la invasion. Mas para combatirla se necesita abrazar los sacrificios más extremos. Ya comemos ratones que son nuestros enemigos domésticos y hasta nos comemos los gatos que son nuestros amigos. Los comuneros propondremos que se llegue á comer sangre humana. (*Una señora se desmaya.*) Sí, comeremos carne humana; pero carne de prusianos. (*Una voz dominando el tumulto: dejémonos de antropofagia.*)

El Presidente: Hablemos de guerra, tratemos de las causas de la superioridad del Estado mayor prusiano sobre el Estado mayor francés, condenemos las expediciones á Argelia que han hecho de nuestro ejército de línea una turba de guerrilleros inútiles.

Un ciudadano: Yo no admiro la conducta del alcalde dimisionario. Es tan criminal como la de un centinela que abandona su puesto. (*Exclamaciones, protestas.*) Ese ciudadano sólo tenia facultades administrativas y su deber estaba limitado á procurar la buena gestion de los negocios públicos y dejar la política al gobierno. (*Gritos: reaccionario, policiaco.*)

Otro orador: Felicito al ciudadano Deles-

cluze por no haberse dejado encerrar en círculo de hierro. El mandato de los alcaldes podrá ser puramente administrativo; pero el pueblo es soberano, y el pueblo lo convertirá en mandato político. (*Aplausos prolongados.*) Electores del distrito décimo-nono: os conjuro á que impongais al ciudadano Delescluze el mandato imperativo de establecer la Comunidad revolucionaria. (*La reunion se disuelve entre gritos: ¡Viva la Comunidad revolucionaria!*)

El día diez de Enero se celebra otra reunion popular en el club de la Reina Blanca.

Un orador: Ciudadanos, todos los terratenientes descienden de los romanos que despojaron á los Galos. Todos los detentadores de la propiedad mueble se han enriquecido por la usura, por la estafa y por la explotacion de los trabajadores: Es necesario desembarazarse de los unos y de los otros, mas sin recurrir á la violencia. Basta emplear los medios científicos que yo poseo, y que os expondré en sucesivas sesiones.

Otro orador: Hay muchas instituciones que podemos demoler sin necesidad de sustituirlas con otras, como por ejemplo, el presupuesto del clero. (*Risas y aplausos. Muchos ciudadanos fuertemente constipados tosen de una manera infernal.*) Vosotros toseis ¿y cuando perdais esa tos buscareis otra? La República no puede separarse del sufragio universal sin convertirse en la oligarquía ó la dictadura. (*Suena el cañon.*) Este ruido siniestro atrae á mi mente las cuestiones prácticas. (*Justo, justo.*) Examinemos la conducta de Gambetta. Soy amigo suyo, y por consecuencia soy parcial. Pero sublevando la provincia, sustituyendo generales viejos é incapaces, por jóvenes vigorosos y resueltos, se nos ha revelado un digno sucesor de los hombres del noventa y tres. (*Muchos aplausos, pero mayores murmullos.*)

Otro ciudadano: No niego que Gambetta tenga algun mérito, pero no es un hombre completo. ¿Si lo fuera, contentárase con des-

tituir al traidor Aurelles? ¿Si lo fuera, no colgara al traidor Fourichon? Además, no se debe olvidar que Gambetta ha comenzado á desplegar un poco de energía despues de haber sido eondenado á muerte por la Comunidad revolucionaria de Marsella. (*En este momento redoblan los cañonazos.*) Ciudadanos, la voz del cañon debe traeros á la realidad. Un diario, que no es sospechoso de amor á la República democrática, *Le Siècle*, declaraba ayer que no nos queda pan sino para quince dias. ¿Qué significa, ciudadanos, esto? Significa que antes de quince dias seremos entregados á los prusianos, si no nos salvamos á nosotros mismos proclamando la Comunidad revolucionaria. ¿Quereis ser entregados á la Prusia? (*Voces: no, no, jamás.*) Pues proclamemos la Comunidad revolucionaria. Se nos habla de elecciones, de sufragio universal; ¡vaya qué broma! El sufragio universal será posible cuando la Francia haya dejado de ser educada por los Hermanos de la Doctrina cristiana, cuando todo el mundo reciba la instruccion gratuita y obligatoria. Pero hoy necesitamos para salvarnos de los comuneros, de los revolucionarios. (*Voces: eso, eso.*) Se pregunta qué hará la Comunidad revolucionaria para salvar á París: voy á deciroslo. Asegurará desde luego la resistencia de la poblacion por dos meses, decretando la requisita general de víveres y operando todas las pesquisas necesarias en los conventos y entre los ciudadanos enriquecidos que han aglomerado provisiones para un año y que se atracan mientras el pueblo se muere de hambre. (*Grandes aplausos.*) La Comunidad nos desembarazará de la dictadura militar, dividirá el mando entre muchos generales, y detrás de cada uno de ellos colocará un comisario de la República encargado de levantarle la tapa de los sesos en caso de hacerla traicion. (*Grande aprobacion.*) En fin, la Comunidad revolucionaria hará justicia seca á los cobardes y á los traidores que intenten destruir su obra de salvacion. No tendrá necesi-